





# HERIDA DE AMOR



Abel Angulo

# HERIDA DE AMOR



Primera edición: diciembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Abel Angulo

ISBN: 978-84-19595-30-0

ISBN digital: 978-84-19595-31-7

Depósito legal: M-29010-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Al cabo Miloud,  
al sargento Migúlez,  
A todos los demás compañeros de aquella época.*



## ÍNDICE

1. CALIMA POOL BAR.....	13
2. COCHES NEGROS Y RAYAS BLANCAS .....	31
3. UNA MUJER DIFERENTE.....	53
4. LA LUZ DE MAFASCA .....	73
5. UN INGLÉS QUE VINO DE LONDON .....	93
6. LA MILIEU .....	111
7. VIEJAS CANCIONES DE AMOR.....	131
8. LAS NOCHES CÁLIDAS DE MELILLA .....	151
9. VILLA WINTER.....	171
10. LA MONTAÑA MÁGICA.....	193
11. DESPEDIDAS SILENCIOSAS .....	213
12. DE JURAMENTO ENTRE CADA DOS HOMBRES....	233
EPÍLOGO .....	257



Isla de Fuerteventura. Octubre de 2002

En un amanecer gris y ventoso, en un paraje solitario cercano a Playa Blanca, un cuerpo tumbado sobre la arena de la playa, flota arrastrado a intervalos por la pleamar. Según van llegando con ímpetu las olas, que rompen en espumosa blancura avanzando terreno sobre la arena, el cuerpo se va moviendo; cambiando de posición como un despojo traído por el mar. El cadáver, un hombre sin edad definida, más bien joven, piel clara, barba oscura, el pelo revuelto y mojado, parece haber sufrido una muerte violenta. Grandes manchas aparecen tiñéndole el pantalón, parece ser sangre seca diluida por el agua salada del mar.

Al final el cuerpo se queda varado en la arena como una de esas conchas vacías abandonadas por la resaca de la vida.



## 1. CALIMA POOL BAR

Descansa sobre una tumbona observando el cielo. Hoy luce un cielo azul, sereno y profundo; el día anterior estuvo alfombrado por la calima, arena en suspensión del no muy lejano desierto del Sáhara.

Un avión bimotor pasa volando a media altura y se aleja un instante después camino del aeropuerto. Vuelve de nuevo a su visión el cielo azul y las copas de las verdes palmeras meciéndose por la ligera brisa africana.

Baja la mirada poco a poco, deslizándola por los altos y rectos troncos de las palmeras que se elevan sobre los tejados de las casas salteadas, paredes en tonos blancos que brillan con la luz de la mañana.

Mirando en su entorno, observa a un padre jugando dentro del agua con dos niños; lanzándoles una pelota de colores mientras un joven surca el agua azul de la piscina. Algo más allá una joven alta de piel morena descansa tomando el sol sobre una tumbona, unas gafas oscuras protegiendo sus ojos y el pelo rubio atado en una coleta. Por un instante se queda observando una sonrisa dudosa que parece asomar en la boca de la chica, bajo las gafas oscuras unos labios se curvan engañosamente sin un destinatario definido. Se queda mirando los cristales negros sin saber qué clase de mirada y qué color de ojos se esconderá detrás; hasta que ve desaparecer la sonrisa apenas percibida o quizás imaginada.

Miguel devuelve por fin la vista al libro que tiene sobre el torso bronceado por el sol, pero no se decide a empezar la lectura, a pesar de lo interesante que parece la historia.

Hoy su cabeza está pensativa y revoltosa, vuela, vuela cuatro años atrás, cuando vino a la isla para una semana de descanso. O eso pensaba. Llegó al hotel, situado en la Caleta de Fuste, cuatro estrellas, sol, playa, bebidas frías y chicas bonitas. Pero hubo algo más: fue un flechazo, quizá fue ese sol caliente o, más bien, la mayoría de las veces tibio, suavizado por la brisa marina. A lo mejor fue ese paisaje desnudo y solitario que duerme en silencio por las noches, también pudo ser el sonido de las olas al romper contra los malpaíses de la costa. Pudo ser un poco de cada o el conjunto de todo lo que lo llevó a aquel destierro voluntario e indefinido.

Desde entonces su vida y su trabajo en el hotel han estado rodeados de paisajes áridos surcados por las rachas del siroco, la arena dorada de la playa, gente que viene y después se va, otros que llegan para ocupar el lugar. Chicas desconocidas sentadas en el borde irregular de una piscina de agua azul, ojos de mujer: negros, verdes, pardos..., alumbrando el ocaso de las tardes.

Desde que llegó su vida ha sido un verano que no termina de marcharse, un otoño que pasa de largo, una primavera que llega temprana.

Solo a partir de noviembre lo acecha la soledad, en los meses en que el hotel se queda en mínima actividad y su contrato finaliza, hasta que vuelve de nuevo la temporada a mediados de marzo.

Durante esos meses sus trabajos son temporales y esporádicos. Una temporada en un vivero, un mes en el campo, reparaciones a domicilio... Algo para poder sobrevivir y pagar la renta de la casa en la que vive.

La casa, situada en una llanura pedregosa y apartada de Antigua, más de dos centenares de metros la separan del vecino más cercano, es su refugio nocturno desde donde gobierna aquellos paisajes solitarios y oscuros.

Durante los primeros días de este mes de octubre una sombra pasajera se pasea por la frontera de su pensamiento. Dentro de unas semanas la temporada en el hotel finalizará hasta la próxima primavera con una preocupación añadida: su casero ha puesto la

casa en venta. Miguel no tiene dinero para hacerse cargo de la compra y tampoco tiene ningún otro lugar donde marchar.

Se escucha un sonoro chapuzón en la piscina y regresa del mundo de sus pensamientos. Dos adolescentes se han sumergido en el agua, ahora asoman sus cabezas al otro lado de la piscina.

Poco a poco, sin darse cuenta, mientras estaba embebido en su pensar ha ido llegando más gente que ahora se refresca en el agua templada, otros han ocupado las tumbonas que quedaban libres.

Solo una sombrilla en medio lo separa de la tumbona que tiene al lado, donde toma el sol una joven rubia de espalda lisa y caderas anchas untadas de aceite solar sobre las que se refleja el sol. A lado de esta, otra joven con un bikini diminuto y colorido se protege los ojos de la luz con una gorra de los Chicago Bulls mientras sujeta con las manos un libro abierto por la mitad. Miguel intenta alcanzar a leer las letras de la portada; pero desiste, son palabras desconocidas para él, un idioma del norte de Europa, supone. En lo que se fija es en la portada, mitad blanca y la otra mitad negra, como la vida misma.

Más allá una pareja ocupa otras dos tumbonas; están bebiendo con pajitas las bebidas repletas de hielos que tienen sobre la mesa de la sombrilla. Otras tumbonas un poco más alejadas también están ocupadas. Un hombre mayor descansa tomando el sol; al lado, dos mujeres de mediana edad están sentadas al tanto de unos niños que juegan cerca de la piscina.

Miguel ahora observa la tumbona vacía donde estaba la chica de las gafas oscuras. La busca por un lado y por otro, nada. Dirige la vista a la piscina y la ve junto al joven que antes nadaba solitario. El agua les llega a la altura del pecho, están conversando en el centro de la piscina. Miguel se fija más detenidamente en la chica, ahora lleva las gafas sujetas como una diadema en el pelo rubio; comprueba, decepcionado, que no hay nada especial en esa mirada, ni en los ojos que ahora miran fijo al joven con el que conversa. Suele pasar, muchas veces lo que se esconde detrás de unas gafas oscuras, un vestido, una pose o una forma de estar es solo una fachada que se derrumba nada más comenzar.

Vuelve la vista abandonando a la chica con desinterés y mira hacia la caseta del bar, de donde varias personas salen con cañas de cerveza en la mano. Después se fija en una paloma que se ha posado sobre el tejado del bar tapizado con hojas vegetales. Parece picar algo sobre el techado, de repente echa a volar perdiéndose entre las palmeras que siguen meciéndose por la ligera brisa.

El cielo sigue limpio y azul, ni una sola nube asoma en el horizonte. En la isla son muy escasas las lluvias, igual que en su hermana negra: Lanzarote. Por el contrario, en las islas occidentales abunda la humedad y la vegetación verde es exuberante, como pudo comprobar durante los tres años de estancia en Las Palmas de Gran Canaria y durante otros cinco años trabajando en diferentes puntos de Tenerife.

Desde que abandonó su Sevilla natal con diecinueve años, ahora tiene treinta y dos, solo ha vuelto a pisar la península en un par de ocasiones. Más tarde los malabares del destino le hicieron naufragar en Fuerteventura y ya no ha salido nunca de su destierro.

Baja de nuevo la vista y abre el libro otra vez, ahora dispuesto a introducirse en la historia que acaba de empezar:

Fecha en una mañana de junio de 1925, entre las páginas: una bella adolescente llamada Rosemary acaba de llegar junto a su madre a un hotel de playa situado en algún lugar de la Costa Azul francesa... Continúa leyendo concentrado en la historia narrada, dejando a un lado el mundo que lo rodea, aunque sigue percibiendo los sonidos de fondo, tranquilos y placenteros, que ambientan el espacio de la piscina.

Pasadas unas hojas aparece en la historia escrita un hombre joven, divertido y atrayente, que entretiene con sus bromas y su conversación a algunos bañistas, entre los cuales parece ser el foco de atención por su porte apuesto y el carisma de su personalidad...

Suena el móvil que guarda en el bolsillo del pantalón; Miguel cierra el libro, introduce un marcapáginas y responde:

—De acuerdo, en un minuto estoy —contesta, y corta después la llamada.

Se incorpora, deja el libro sobre la tumbona mientras se abotona la camisa, ocultando su torso bronceado y el tatuaje que lleva en el lado derecho del pecho: la silueta de un legionario con su típico traje verde; detrás, de fondo, una calavera encapuchada con la guadaña ladeada y, bajo el dibujo, una leyenda en tinta azul y letras irregulares TODO HASTA EL FIN.

Más bien alto, delgado, pelo castaño claro y ojos verdes, Miguel es un joven de una presencia destacable, incrementada por su andar tranquilo, su pose erguida y su cabeza levantada, mirando alto al mundo y a la vida.

\*

El *hall* del hotel es grande y diáfano, de techos altos, sillones diseminados cerca de los grandes ventanales, adornos vegetales en grandes maceteros y carteles de información para los turistas. Miguel ha entrado desde la puerta interior que da al complejo de apartamentos y bungalós. Observa que hay un gran trasiego de gente entrando y saliendo por la puerta principal del hotel. La recepción no está menos concurrida, los tres recepcionistas habituales están ocupados; tampoco Hilario está disponible, un cliente habla con él.

Miguel lo conoce desde que pasó sus primeros días en el hotel. Entablaron una sana amistad, de esas que se dan en alguna ocasión, cuando un hombre mayor reconoce en un joven de buena planta la juventud que él hace tiempo perdió. Así mismo Miguel percibió en la presencia de Hilario la sana y humilde veteranía de un hombre que ya ha vivido demasiado.

En ocasiones, comparten alguna copa en las instalaciones del hotel al acabar la jornada. Hilario fue el que le ofreció el trabajo, y ahora es el encargado de darle los avisos que surgen en el mantenimiento de las instalaciones.

Hilario sigue ocupado; así que decide echarle un vistazo al periódico del día, está sobre una mesa a disposición de los clientes. Lo abre y va pasando páginas leyendo los titulares por encima,

nada de verdadero interés hasta que llega a las páginas de sucesos; una noticia salta a la vista y despierta la curiosidad de Miguel. Sus ojos verdes se tornan serios y lee atentamente, el titular dice: «Extraña muerte en una playa de Fuerteventura». El diario relata el hallazgo del cadáver de un hombre joven sin identificar: «El hombre encontrado el día de ayer flotando en la orilla del mar, al norte de Playa Blanca, recibió un navajazo en la ingle que le causó una hemorragia mortal.

No llevaba la identificación ni ningún otro objeto personal que pueda ponerle nombre a su rostro, de tez clara y barba negra, un rostro de aspecto foráneo».

Miguel termina de leer la noticia y empieza a pensar. En los años que lleva allí, es la primera vez que descubre en las páginas de un diario un crimen tan extraño ocurrido en la isla. Hay algo en todo ello que le trae mala espina, una sensación inusual recorre sus piernas como un escalofrío. Ni siquiera su tranquila y dormida isla está exenta de sucesos que vienen a enturbiar la paz de su destierro.

Por fin Hilario está libre, apoyado sobre el mostrador, sonriéndole. Deja el periódico y se acerca diligente.

—Una avería de luz en el 2125 —le informa Hilario mostrando una sonrisa bajo el mostacho blanco—. ¿Qué tal va la mañana, Miguel?

—Hasta ahora tranquila —responde Miguel con fina ironía.

—Esperemos que siga así.

—Esperemos —manifiesta Miguel sin mucha convicción, en sus ojos verdes la mirada inexpressiva.

Hilario se acerca a un cajón, viste de uniforme azul marino. A primera vista poco hay destacable en su fisonomía, un hombre que se acerca a los sesenta, pelo canoso y muy escaso, piel morena y un tupido mostacho blanco que remarca su fácil sonrisa. Vuelve con una llave y se la entrega a Miguel antes de atender a otro cliente que acaba de llegar.

Miguel entra de nuevo en las instalaciones del hotel después de recoger una caja de herramientas en el local de mantenimiento.

Va andando por pasajes y corredores que se quiebran y se bifurcan para poder llegar a todas las casas de dos plantas del complejo. En cada planta, una placa señala el número de apartamento.

Mientras avanza por un estrecho pasaje de muros blancos, escucha el zureo de las palomas revoloteando a sus anchas entre las casas y las palmeras que las circundan. A su paso va encontrándose diferentes puntos ajardinados con cactus y otras plantas autóctonas de la isla que perfuman con sus aromáticos efluvios el camino.

Un gato pardo pasea al lado de un cactus olisqueando la tierra; Miguel lo llama con un siseo característico, el gato lo mira un instante, indolente, pero después sigue su marcha olisqueando entre las hierbas.

Parece que la brisa ha cesado, el sol empieza a calentar con más fuerza y luminosidad. Se cruza con una familia en bañador que sale de una planta baja, los hijos pequeños van de la mano del padre, un niño de apenas tres años lleva puestos unos manguitos para la piscina. Miguel saluda discretamente al pasar, los padres responden en inglés con un «Good morning».

Sigue por una bifurcación con paso tranquilo llevando su andar erguido. Sus ojos verdes y su nariz recta miran al frente; su pelo, ni largo ni corto, peinado hacia atrás, corona una cara fina bronceada por la brisa.

Continúa hasta que llega a una especie de plazoleta con un árbol verde no demasiado voluminoso. Saca la llave del bolsillo, 2125. Es allí, comprueba.

Sube las escaleras exteriores para llegar a la segunda planta, llama con los nudillos y espera. Antes de abrir con la llave, la puerta se abre y aparece una adolescente de unos catorce años, el pelo rubio atado en una coleta, le indica que pase y se hace a un lado. Miguel entra en el apartamento y encuentra a otro adolescente, un chico de unos quince o dieciséis años, el pelo más oscuro que el de la chica, pero las mismas facciones en el rostro. Sobre la mesa del salón y los sillones hay enseres familiares.

El joven, que parece no hablar español, se levanta del sofá donde está sentado para accionar un interruptor y le indica a Miguel

que no funciona. Miguel asiente con la cabeza y se pone manos a la obra abriendo la caja de herramientas.

Vuelve a sentarse el joven junto a su hermana en un sofá de dos plazas, y comienza una disputa entre ellos, lanzándose cojines y profiriendo voces que derivan por momentos en un jolgorio fuera de toda corrección. Un cojín disparado en la trifulca se estrella contra la espalda de Miguel, que gira el rostro a medias por un instante. Después hace caso omiso del jolgorio y vuelve a su trabajo sin más dilaciones.

Detrás de la puerta cerrada del baño se escuchan las imprecaciones de una voz de mujer. Los jóvenes bajan la voz. Un momento después se levantan, cogen unas bolsas y salen del apartamento equipados para la playa o la piscina.

Examina el diferencial del apartamento, se ha disparado; intenta rearmarlo, pero vuelve a dispararse, así que empieza a comprobar los interruptores y a desenchufar los enchufes.

Detrás de la puerta del baño se escucha la ducha. Miguel supone que la mujer será la madre de los adolescentes, que han reanudado la trifulca mientras bajaban por las escaleras.

Tras un rato buscando, por fin ha encontrado la avería. Se trata de un cable suelto que hace contacto en una bombilla.

Una vez reparada la avería, vuelve a roscar la bombilla. Justo cuando Miguel ha finalizado de enroscarla se abre la puerta del baño y sale la madre de los adolescentes con una toalla arrodada al cuerpo. Con los pies descalzos, pasa cerca de él. Miguel le calcula unos cuarenta y cinco, de mediana estatura, pelo corto y moreno, una silueta todavía de muy buen ver. Dice un «Hello» sonriendo y entra en el dormitorio.

Miguel se dispone a hacer las comprobaciones pertinentes en los interruptores cuando ve a la mujer a través de la puerta abierta del dormitorio desprenderse de la toalla. De espaldas a él, está mirándose en un gran espejo de pared, luce un cuerpo bronceado y espléndido; su cintura estrecha contrasta con unas anchas caderas y unos voluminosos glúteos. De repente se encuentran sus miradas

a través del espejo y ella sonríe lasciva. Miguel se queda mirando sin moverse hasta que la mujer se da la vuelta y le indica con la mano que se acerque.

Entra Miguel en el dormitorio, ella está sentada en la cama mirándole con sus ojos claros. Le indica, mediante palabras que Miguel no entiende y señas que cualquiera entendería, que acaba de depilarse y le pide que compruebe la tersura de la piel bronceada. Miguel se agacha mirando los pies morenos con las uñas pintadas de rojo, abarca con sus manos los fuertes tobillos de la mujer y va subiendo, acariciando la suave piel moteada de pequeños puntos negros de vello rasurado. Alcanza las rodillas, para internarse después por los muslos calientes y perfectos al tacto, suaves como un espejo convexo. Levanta la vista y observa que la mujer sigue mirándolo con sus ojos claros y obscenos. Sonríen los labios finos pintados de rosa. Miguel se pone de pie mientras ella apoya los codos y las rodillas sobre la cama dándole la espalda.

Entra por detrás en el sexo oscuro, después mantiene un vaivén sostenido por los tensos trapecios de su espalda y sus glúteos prietos y activos.

Miguel mira con aprehensión la puerta del apartamento, se ha quedado abierta. A la vez empieza a escuchar en los labios de la mujer un ardiente y repetido: «Ooh, Baby».

\*

El sol del mediodía se refleja en la ancha playa de arena que se extiende en la distancia alfombrada de sombrillas. A estas horas numerosas personas disfrutan. Niños muy jóvenes juegan con cubos y palas en la arena, otros más mayores juegan lanzándose una pelota. No muy lejos de la orilla se divisan algunas personas zambulléndose entre las olas que llegan mansas a la caleta, desde el océano inmenso y azul. La masa de agua se pierde a lo lejos en el horizonte infinito y vacío. Miguel acaba de salir del recinto de apartamentos por la puerta enrejada. Va andando por el paseo de

la playa, pantalones de trabajo grises descoloridos, la camisa por fuera del pantalón, con los tres botones superiores abiertos, y el libro que ha empezado a leer en una mano. Se dirige al conjunto cercano de bungalós donde está ubicada otra zona de esparcimiento con una piscina grande perteneciente a las instalaciones turísticas del hotel.

Sube una ligera pendiente por una senda entre jardines de césped verde. Destacan unas altas palmeras y unos impresionantes cactus adornando el jardín. Al fondo, un numeroso conjunto de bungalós pintados de blanco.

Al llegar a la piscina observa que a pesar de estar bastante concurrida aún queda alguna tumbona libre. Se acomoda en una y se desabrocha toda la camisa, dejando su torso bronceado expuesto al sol.

Numerosos bañistas aprovechan la piscina refrescándose en el cálido día de octubre. Otros se decantan por las bebidas y los cócteles del Calima Pool Bar, un chiringuito con varias mesas al lado de la piscina para servicio de los clientes del hotel.

Miguel abre el libro por el marcapáginas y se introduce en la lectura que abandonó por la mañana, esperando que vuelva a sonar el móvil para alguna otra reparación.

Desde los primeros días, su destierro estuvo ambientado por lecturas: tomando el sol en la piscina, sobre la arena en la playa o, en los momentos de asueto, en cualquier terraza de los bares del hotel. Recuerda el primer libro leído: *La montaña mágica* de Thomas Mann, y tampoco se olvida de su personaje, el cálido y valeroso Hans Castorp. A veces Miguel piensa que él podría haberse llamado Hans Castorp y haber convalecido en un sanatorio de las montañas de Davos Platz; sin embargo, el destino lo guio a un hotel de cuatro estrellas en un paisaje desértico.

Luego vinieron otros libros y otros personajes que iluminaron sus ratos libres en las instalaciones del hotel y en la vida de su destierro voluntario. Un destierro en el que cedió el protagonismo a los personajes ficticios que rondaban entre las páginas de esos libros. Libros escogidos bajo recomendación de su amigo Hilario;

otras veces dejados a la elección del azar, un título atrayente, una sinopsis interesante, una portada que entra por los ojos...

Desde que llegó a la isla después de tantas aventuras, algunos triunfos y muchos fracasos, después de tanto buscarse la vida, se entregó a la inactividad en una somnolencia tranquila y ociosa, dejando la bola rodar sobre la ruleta para que saliera el número de los personajes de sus novelas.

Miguel abandona la lectura un instante al ver pasar a dos chicas veinteañeras, curvas más que destacadas en escuetos bañadores, moviéndose con la soltura y la gracia femenina.

Torna la vista hacia la gente que disfruta refrescándose en el agua y, al fijarse en varias personas que se sientan sobre el borde de la piscina, lo ve allí sentado, lo ve como quien se ve sorprendido por una estrella fugaz, tiene una visión estando despierto; una visión lejana, fuera de lugar, perteneciente a otros tiempos y otros paisajes.

No cabe ninguna duda, es él. Han pasado doce años, pero sigue teniendo el mismo pelo rojizo, un poco más largo ahora, la nariz aguilena de antaño y el mismo emblema de la Legión tatuado en el antebrazo izquierdo. Quizás ahora está más delgado, su rostro luce una barba de dos días y ha perdido parte de la jovialidad y el brillo de entonces.

Vuelve al libro con urgencia. «Por suerte no se ha dado cuenta», piensa Miguel mientras empieza a sentir una incomodidad manifiesta sobre la tumbona.

Intenta volver a concentrarse en la lectura hasta que el peligro pase o pueda levantarse y marcharse.

Unos minutos después no consigue volver a coger el hilo de la historia. Sin saber por qué, como si fuera un eco que llega distorsionado, le viene a la mente el extraño asesinato que aparecía en las páginas de sucesos del periódico. «Extrañas coincidencias», se dice Miguel; un muerto en la playa y ahora lo ve a él. Como si la ruleta de la suerte cayera dos veces seguidas en el mismo número.

—Hola, Miguel, cuánto tiempo.

Miguel levanta la vista sorprendido y ve al lado de su tumbona al hombre de pelo rojizo, que extiende la mano ofreciéndosela con el ademán de una sonrisa en la boca.

Al final Miguel estrecha la mano con frialdad.

—Pensé que ya nunca volveríamos a vernos. ¿Qué tal te va la vida? —vuelve a hablar el hombre de pelo rojizo. En sus ojos color de miel se refleja una cálida y sincera mirada—. ¡Vamos a tomar algo en el bar!

—No sé... —duda Miguel—. Estoy en horario de trabajo.

—¿Trabajas aquí? Vamos, será solo un rato para recordar los viejos tiempos.

Miguel termina por aceptar y se levanta de la tumbona marchando junto al joven de pelo rojizo hacia la terraza del Calima Pool Bar. Miguel, más alto que su acompañante, camina con la mirada baja sin demasiada convicción.

Se sientan en una mesa de la terraza y piden un par de cañas. El camarero asiente diligente. Al momento las tienen sobre la mesa, la espuma blanca derramándose ligeramente del borde de los vasos de plástico.

—No esperaba verte por aquí. ¿Qué tal te ha ido todos estos años? —pregunta el joven, pasándose la mano por el pelo rojizo y mojado.

Miguel afronta de una vez la mirada de su viejo compañero, sus ojos marrones ya no son los mismos, observa; se han vuelto más opacos. Su viejo compañero se llama Richi, o más bien así lo llamaban. En la documentación militar figuraba como Ricardo Esteve. En el campamento de reclutas, alistados voluntariamente en el Tercio de la Legión en Melilla, se vieron por primera vez; eran los primeros días de junio de 1989. Y siguieron viéndose hasta ese mismo mes del año siguiente, en el que Miguel se licenció.

—Bien —responde Miguel escueto.

—Me enteré de que te fuiste con aquella chica, decían que era hija de un coronel de artillería —Richi bebe un trago de cerveza, después se enciende un cigarro ofreciéndole a Miguel, este niega.

Richi deja el mechero y un paquete de Marlboro sobre la mesa mientras espera una respuesta.

Miguel se aleja en su pensamiento muchos años atrás y concluye que recordar al Richi de aquella época va a la par y unido al recuerdo de Nando. Los tres formaban un trío de compañeros inseparables hasta que ocurrió aquello...

Sobre Nando le vienen a la memoria con nostalgia aquellas letras de las rumbas que tanto le gustaban y solía entonar con voz flamenca, también esos ojos tristes con los que a veces miraba la vida.

*Enróllate, colega, y pásatelo bien.*

*Disfruta de tu vida y vive a tu manera.*

Ese era Nando, un joven moreno, madrileño, del barrio de Vallecas, diecinueve años de vida en las espaldas, pero muchos más en la mirada.

—Estuve unos años en Las Palmas de Gran Canaria —termina respondiendo Miguel. Richi asiente despacio, soltando una bocanada de humo lentamente.

—Yo volví al Raval de Barcelona, ya sabes..., calurosa acogida de los viejos amigos, trapicheos urbanos y demás. Últimamente he vivido en Francia. —saca Richi a relucir una amplia sonrisa como las que lucía doce años atrás.

Miguel se mantiene callado y tampoco devuelve la sonrisa.

—Cuánto me he acordado todos estos años de aquellos tiempos —habla Richi como para sí mismo, perdiendo sus ojos marrones en un lugar indefinido. Su nariz aguileña recorta el mismo perfil tantas veces observado por Miguel en otra época.

Se acercan a la terraza del Calima Pool Bar las dos jóvenes que pasaron hace un rato junto a la tumbona donde descansaba Miguel. Se sientan en unas sillas y cruzan las piernas morenas, esperando al camarero. Miguel dirige la mirada hacia ellas. Una lleva el pelo en media melena y cruza sus ojos azules con él durante dos largos segundos; la otra luce un pelo largo y ondulado que se

bandea con la brisa. Después de atenderlas, el camarero regresa rápido a la barra a preparar las bebidas; mientras, las dos jóvenes mantienen una animada conversación en un idioma desconocido, riéndose cómplices a cada instante.

Miguel apura de un largo trago la cerveza y antes de levantarse se dirige a su viejo compañero, aunque su mirada parece continuar al tanto de la conversación de las jóvenes turistas extranjeras.

—No quiero problemas en el hotel. Trabajo aquí, ya te lo he dicho.

Richi vuelve el rostro hacia Miguel, su barba de dos días y su pelo cobrizo parecen adquirir un brillo metálico con el reflejo del sol. Al final torna el gesto serio por una sonrisa mientras responde:

—No he venido aquí para buscar problemas. Estate tranquilo —después apaga la colilla del cigarro en el cenicero.

Miguel se levanta y deja un billete sobre la mesa para pagar las bebidas.

—Que pases buena estancia en la isla —se despide Miguel alejándose con el libro en la mano, dejando atrás el agua azul de la piscina y a los bañistas que se broncean sobre las tumbonas bajo los intensos rayos del sol africano.

\*

En una planicie con una ligera inclinación se asienta una amplia casa de campo de dos plantas. El brillo de las paredes blancas se difumina en la oscuridad; más oscuro y mimetizado en la noche, se advierte el tejado a dos aguas, con las vertientes ligeramente pronunciadas y una sombra vertical y algo torcida, la chimenea de una cocina que pocas veces se ve encendida. La mayor parte de los días Miguel hace las comidas en el comedor del hotel junto a los turistas, en alguna mesa pequeña y apartada, gracias a la amistad que mantiene con Marcela, una cocinera del hotel.

En la parte posterior de la casa se adivina entre la oscuridad un amplio cercado donde descansan diferentes utensilios de labranza

y otros trastos de un volumen considerable varados desde hace años como si fueran barcos muertos y oxidados en un cementerio de arena y herrumbre.

En la parte delantera de la vivienda se sostiene un porche bajo varias columnas de madera. Allí mismo, sobre una vieja hamaca, se sienta Miguel observando en el móvil dos llamadas perdidas durante la tarde. No reconoce el número, así que vuelve a apagar el móvil. Ya han surgido demasiadas sorpresas durante el día como para aventurarse con llamadas nocturnas a números desconocidos.

Dirige la vista hacia el lejano horizonte negro; después la eleva hacia el abanico que se despliega sobre él lleno de alfilerazos que titilan con un brillo frío y lejano, formando en un orden antiguo e imperturbable lo mismo carros que cruces, caballos con nombres mitológicos o dioses y héroes de tiempos lejanos. Miguel gira la cabeza y observa ahora la Estrella Polar, a cinco longitudes iguales a la parte posterior del Carro de la Osa Mayor. Piensa que es la única estrella que guarda lealtad eterna a los hombres, las otras mienten. Es la única estrella que guarda su lugar guiando a los hombres en tierra y en el mar desde tiempos inmemoriales; guiando las cóncavas naves de los argonautas por el Mare Nostrum y los barcos que surcaron más tarde el oscuro océano. También seguirá ahí mucho tiempo después de que él se haya marchado para siempre, filosofa Miguel.

Baja la mirada dejando el firmamento para perderla en horizontes más cercanos, buscando como tantas otras noches desde que llegó la mítica luz de Mafasca. Una luz fría y errática. Según las leyendas mayoreras a veces es de un tamaño considerable; otras veces, menor que una pelota de tenis, como si fuera un punto de luz que puede cambiar de color. En ocasiones se mantiene estática sobre el terreno, como si fuera un fuego fatuo en las noches oscuras. Otras veces se mueve velozmente y de forma errática o aleatoria; en alguna ocasión parece seguir a algún caminante nocturno, moviéndose al mismo paso y deteniéndose al mismo tiempo que su observador. Causando tanto la admiración como el asombro o el terror en los numerosos privilegiados que alguna vez afirman haberla visto.

Muchas explicaciones se barajan desde hace innumerables años, pero ninguna ha terminado de alumbrar el misterio escondido tras la luz de Mafasca. Según una antigua leyenda: unos pastores caminaban por el llano de Mafasca; cansados y hambrientos después de un largo día de trabajo, encendieron una lumbre para asar un carnero que acababan de sacrificar. Fueron a buscar más leña sobre el terreno y encontraron detrás de unas aulagas una cruz de madera, de esas que se solían clavar sobre el lugar en que había fallecido una persona. Fue más grande el hambre que el temor en su ánimo y prendieron la cruz para alimentar el fuego. Mientras la cruz se consumía, de sus cenizas surgió una extraña luz que saltaba y se movía de un lugar a otro.

Los pastores huyeron aterrados y desde aquel entonces esa luz errante no ha parado de aparecerse por aquellos parajes en las noches oscuras, como si fuera un alma en pena que busca manifestarse entre los vivos.

Esa luz es conocida desde entonces como la luz de Mafasca o la luz del carnero.

Miguel conoce muy bien esa leyenda y algunas otras teorías científicas que hablan de ciertos minerales diseminados por el terreno que pueden causar fosforescencias en determinadas noches de oscuridad. Sin embargo, en todo el tiempo que lleva en la isla nunca ha podido observar el fenómeno; pero se mantiene alerta mirando en las noches estrelladas desde su cómoda hamaca, gobernando sobre esos parajes oscuros y solitarios en los que solo se escuchan las rachas de viento del desierto, cuando no se mantiene un absoluto silencio y quietud. Ese es el paisaje de la isla que él ha elegido voluntariamente para su destierro.

Sigue observando las estrellas, pero esta noche hay algo en su cabeza que le quita el sosiego. Ha sido un día muy denso en acontecimientos, el reencuentro después de tantos años con Richi ha devuelto a su pensamiento las imágenes de otros tiempos del pasado. Le viene a la memoria el trayecto desde San Fernando, dejando de paso Tarifa, Algeciras y Gibraltar para adentrarse en la Costa del Sol hasta llegar a Málaga. El jolgorio que montaron cerca de dos-

cientos nuevos soldados montados en camiones descapotables por las vías urbanas de Málaga, diciéndoles cosas a las chicas jóvenes que veían a su paso o saludando a diestro y a siniestro a todos los viandantes, cantando las canciones de moda de aquella época... «¡Qué recuerdos!», añora Miguel.

Pasaron la noche en la ciudad, en el campamento Benítez. Al día siguiente partieron del puerto en un barco rumbo a Melilla, una de las plazas de soberanía española en el norte de África.

Tras largas horas por el Mediterráneo divisaron la costa africana. Al doblar el cabo Tres Forcas apareció la ciudadela de Melilla la Vieja con sus recintos fortificados asentados sobre un peñón que se adentra en el Mediterráneo; poco a poco se hizo más nítido el contorno de la costa, con la ensenada de los Galápagos y la pequeña lengua de playa al pie de los acantilados. Tierra adentro, el Fuerte de la Victoria Grande, desde el que se disparó el cañón que determinaría las lindes de la ciudad. Más lejos, en el horizonte, ya en territorio marroquí, se divisaba el monte Gurugú, escenario de encarnizados combates entre soldados españoles y rebeldes rifeños en el pasado.

Cuando entraron al puerto encontraron las diferentes dársenas y el Frente de la Marina, al fondo la ciudad de Melilla, y en primer plano la avenida General Macías flanqueada por altas palmeras.

Varios autobuses militares estaban esperándolos. Los conductores eran cabos legionarios de aspecto rubio, recios, y de una edad que se aproximaba a los cincuenta. Más tarde Miguel supo que eran veteranos alemanes de la Legión.

Tras un trayecto cruzando la ciudad para subir a la zona de Cabrerizas llegaron al Tercio. Miguel todavía recuerda nítidamente los gruesos muros de piedra del Tercio. LA LEGIÓN, ponía en letras grandes en uno de los muros.

La juerga, el vacile y las bromas se acabaron nada más bajar de los autobuses en una explanada pedregosa y polvorienta. Cerca estaban los barracones destinados a la instrucción de reclutas, dos naves gemelas rodeadas de pinares y horadadas de ventanas que se repartían a lo largo de la pared encalada.

Esperándolos en la explanada, un numeroso grupo de cabos instructores con el cinto en la mano les ordenaron formar filas a la carrera, repartiendo cintazos entre los más rezagados. Con caras de temor y sorpresa, los recién llegados corrían acogiéndose a la formación en el primer hueco que encontraban.

Los instructores, rostros hoscos, barba larga algunos, numerosos tatuajes la mayoría, voceaban con voces roncadas, actitud de mando y tono amenazante.

Miguel, con las prisas, se había metido en las filas de la agrupación B, en vez de en la agrupación A, a la que pertenecía. Estaba situado en la última fila cuando un cabo primero de barba larga y una treintena de años se le acercó; recuerda Miguel perfectamente sus palabras y lo que vino después: «Tú no eres de este grupo». Miguel reconoció que no, y justo después sintió en la mandíbula el puño del cabo golpeándolo ligeramente, lo suficiente para hacerle daño sin causarle ninguna lesión.

Miguel cambió con rapidez a la otra agrupación, y al colocarse en la última fila lo vio por primera vez formando a su lado. Richi, con el pelo rapado al cero, su nariz aguileña perfilada sobre unos ojos marrones, atentos y temerosos, como los de todos los que formaban la agrupación.

Ya de noche, cuando llegó la hora del silencio se acostó en el tercer piso de una litera, al fondo del bosque de literas y taquillas bien alineadas que ocupaban la nave.

Todavía recuerda ver desde lo alto de su cama, a través de la ventana situada justo enfrente, la oscuridad y las sombras negras de los pinares allí afuera mientras se escuchaba en la distancia el funesto y misterioso canto del muecín convocando a los musulmanes a la oración. Más allá, en la lejanía, se distinguían las numerosas luces de la ciudad de Melilla y de su puerto, luces similares a las que ahora observa en el firmamento de la isla, luces lejanas imposibles de alcanzar señalando el camino de regreso a casa.

Ahora, después de tantos años, lo sabe: la vuelta a casa desde un lugar del que nunca se termina de regresar.